

¿Qué mueve a la humanidad ante la crisis climática? La movilización social hacia la sustentabilidad de la vida¹

Enrique Leff

INTRODUCCIÓN

Es para mí un privilegio y un honor que me permitan hacer uso de la palabra para tratar de seguir tejiendo un pensamiento, articulando un discurso, construyendo un imaginario que nos permita alcanzar una comprensión de la crisis climática como síntoma de la degradación de la vida en el planeta; para ver cómo nos es dado responder como humanidad ante este acontecimiento histórico del cual nadie es individualmente responsable. Y cuando digo “nadie es individualmente responsable” extendiendo este criterio a los nombres de aquellos que son señalados como los mayores responsables —los Trump, los Bolsonaro, los Peña Nieto—, los “tomadores de decisiones” sobre los rumbos de la historia. Decir que nadie es “individualmente responsable” no significa que todos somos responsables de la crisis ambiental, sino que este acontecimiento histórico nos interpela a todos. Por primera vez en la historia, la crisis climática convoca a toda la humanidad a re-pensar, a re-comprender nuestros modos de habitar el planeta. Afirmar que vivimos en el Antropoceno significa comprender que los humanos nos hemos convertido en el principal factor movilizador del metabolismo de la vida en la biósfera, determinante de los destinos en la vida.

¹ Este capítulo es una elaboración de la ponencia presentada en el ix Congreso Nacional de Investigación en Cambio Climático en el iis-unam, el 10 de octubre de 2019.

LA MOVILIZACIÓN COMO RESPUESTA A LA CATÁSTROFE CLIMÁTICA

La “catástrofe climática” se ha convertido en el aviso espectacular de una llamada de auxilio en las convocatorias más recientes sobre la cuestión ambiental. Es el nuevo sintagma de la crisis ambiental, el significante extremo de la extinción de la vida. Y más allá de lo terribles que resultan los eventos climáticos en términos de los daños ecológicos, los costos sociales y las pérdidas humanas, lo más “catastrófico” es que la humanidad no sabe cómo responder a este acontecimiento histórico causado “humanamente”, no como resultado de un proceso propiamente cósmico, geológico o ecológico. Enfatizo: no sabemos cómo responder, y esto tiene que ver con la criticidad de la cuestión ambiental, con el “olvido de la vida” en el curso de la historia de la metafísica, de la comprensión del mundo que hemos creado y en el que vivimos.

En toda la historia de la humanidad, y cada vez más en la historia de la época moderna, la movilización social ha sido un factor determinante del cambio histórico. El llamado de Marx: “Proletarios del mundo, uníos” era una convocatoria a los trabajadores a unirse contra el capital. La conciencia de clase, como el factor determinante que movilizaría hacia la transformación histórica, provenía del conocimiento del capital como mecanismo de explotación de la fuerza de trabajo. Podemos trasladar estos modos de concitar las voluntades de transformación en la historia al México de hoy con el llamado del actual gobierno al pueblo de México a movilizarse por la “cuarta transformación”; es decir, la movilización de la sociedad en el apoyo y la conducción de este proceso se “funda” en una comprensión de los cambios que requiere el país, que habrían de disponer a los actores políticos y sociales a emprenderlos, a movilizarse para promover esos procesos de transformación. Por eso los activistas hablan hoy de “poner el cuerpo”, de estar allí, de manifestarse, como nos manifestamos en el 68,

saliendo a la calle, haciéndonos presentes, movilizándolo el cambio histórico hacia una mayor democracia.

Empero, el punto crítico que va a suscitar nuestro debate tiene que ver con el hecho de que una cosa es movilizarse con un propósito de justicia social —de la lucha contra las desapariciones, la explotación del trabajador, la injusticia social— y otra cosa es movilizarse para detener el cambio climático, para construir la sustentabilidad del planeta o la justicia socioambiental de la humanidad. Y es aquí donde me remito a lo que dije al inicio: “no sabemos”.

Pensar la cuestión ambiental pone en juego un saber profundo acerca de cómo se configuró en el mundo humano el *régimen ontológico del capital*. Sí, hoy vivimos en la era del Antropoceno, pero a muchos no les gusta con razón este término, porque remite a la idea de que el género humano ha propiciado el desastre ecológico, que por disposición e iniciativa propia todos y cada uno de los seres humanos que hemos habitado el planeta somos co-responsables del desastre ecológico. Entonces, ha surgido otra palabra, digamos, más concreta, más justa: el Capitaloceno —el régimen ontológico del capital—, el motor que está generando la transformación destructiva de la humanidad, la muerte entrópica del planeta. Movilizarnos para cambiar el rumbo del proceso histórico que condujo a la instauración del capital como el régimen ontológico que decide la vida en el planeta, que está incrustado en la cultura de la modernidad, que está institucionalizado en las entidades económicas y financieras, pero que también está en nuestra racionalidad —como seres racionales, en nuestra lógica de pensamiento, en nuestra formación, en nuestra capacitación, en nuestros sentidos de la vida—, implica plantearnos un proceso de deconstrucción de su genealogía histórica.

LA DECONSTRUCCIÓN QUE IMPLICA LA CATÁSTROFE CLIMÁTICA

La deconstrucción del capital significa mucho más que desmontar los modelos racionales de construcción del mundo, del logocentrismo de la ciencia o de la creación de una conciencia ecológica. Hay quienes apelan hoy a la emergencia de una conciencia de especie —como hace un siglo Teilhard de Chardin pregonaba la emergencia de una noósfera—, como si esta clarificación de la mente fuera un proceso natural proveniente de la evolución de la vida que haría que de repente cayera del cielo una nueva comprensión, una “toma de conciencia” sobre cómo estamos afectando la vida en el planeta; como si súbitamente de ahí surgiera un proceso de recomposición de los modos de habitarlo, de los modos de producción, de las prácticas de consumo, de las prácticas sociales, en general, vinculadas al modo en que afectan el metabolismo de la biósfera. Este proceso de autoorganización y evolución creativa de la vida es el “responsable” de que haya vida en el planeta, sin el cual ni siquiera estaríamos discutiendo hoy la sustentabilidad de la vida.

Hoy podemos afirmar que si hay vida en este planeta es porque ha habido un proceso de formación durante cuatro eones, dentro de las condiciones muy particulares del lugar que ocupa la Tierra en el universo, en nuestra galaxia y en nuestro sistema planetario; y de esa génesis hemos venido los humanos a trastocar y reconducir los destinos de la vida. Entonces, cambiar el rumbo de la manera en que el Logos Humano ha afectado el devenir natural de la evolución de la vida implica una reflexión profunda sobre cómo hemos alterado los caminos de la vida. Esta comprensión de la intervención humana sobre el orden de la vida es algo que no va a venir del cielo, ni de un filósofo o un poeta iluminado, ni de un mesías que baje a la Tierra a recomponer el mundo. Estamos viviendo una tragedia de la vida; del modo en que la constitución de la naturaleza humana ha intervenido, desviado y degradado los cursos de la creación

evolutiva de la vida; del modo en que el Capitaloceno, como el régimen ontológico del capital, está induciendo la destrucción de la vida en el planeta vivo que habitamos.

Ante este acontecimiento, ¿cuál es la respuesta social para contener, para refrenar y para revertir la degradación entrópica del planeta?, ¿cuál es la comprensión de este fenómeno social que le permitiría a la humanidad construir las nuevas vías para la co-evolución de la naturaleza con las diversas culturas hacia un mundo sustentable o, mejor dicho, hacia la convivencia de muchos mundos sustentables posibles? Esta transformación histórica implica cambiar todos los ejes y parámetros del modo en que se ha constituido el mundo hasta ahora, de la racionalidad tecno-económica, que se ha vuelto el modo hegemónico de construcción civilizatoria y de dominación de las culturas alternas. Ante este dilema, ¿qué movilización social es la que activaría la transición hacia una sustentabilidad planetaria? Simone de Beauvoir alguna vez afirmó, sobre la revolución feminista, que ninguna revolución sexual o de género podría efectuarse de la misma manera que la revolución social, cuando era más o menos claro para quienes estaban en la teoría, la ideología y la *praxis* revolucionaria socialista que la conciencia de clase y la movilización del proletariado generarían el cambio histórico que llevaría a trascender el orden del capital hacia el socialismo y el comunismo, que sería un régimen de convivencia más justo, más humano. Una cierta ideología teórica guiaba las acciones sociales hacia la construcción del “socialismo con rostro humano”.

LOS DESAFÍOS DE LA MOVILIZACIÓN SOCIAL FRENTE A LA CATÁSTROFE CLIMÁTICA

Hoy sabemos que la movilización social puede llevarnos a ocupar las calles, que podemos pasar de la tolerancia a la convicción social en cuestiones como la diferencia de género como un derecho y parte de la naturaleza

humana, uno de los temas críticos actuales en el que se han dado pasos enormes en estos últimos años para comprender, aceptar y dar ese giro civilizatorio. Podríamos también salir a la calle a pedir la liberación del consumo de las drogas, por ejemplo, como un medio para terminar con el crimen organizado y el narcoterrorismo, o unirnos a las manifestaciones de los mal llamados “globalifóbicos” que protestan en las cumbres de Davos contra la apropiación capitalista del planeta; y mil cosas más, como la lucha contra los secuestros, los feminicidios y las desapariciones forzadas. Podemos aspirar así a ser paladines de las grandes luchas sociales, como el pacifismo de Mahatma Gandhi, la rebelión de Nelson Mandela contra el *apartheid*, la reivindicación de Martin Luther King a favor de la igualdad de la población negra en Estados Unidos; unirnos a la lucha de tantos años de Rosario Ibarra de Piedra por la justicia histórico-social de México, lo que la ha hecho merecedora de la medalla Belisario Domínguez.

Hoy, la jovencita Greta Thunberg ha tomado la batuta en la protesta ambientalista contra el cambio climático; ha tomado la palabra para movilizar a la juventud del planeta, culpabilizando a toda mi generación por no haber respondido y no estar actuando a la altura de las circunstancias de nuestra responsabilidad histórica ante la catástrofe ambiental. En tanto, el capital no ha cesado de responder a través de sus intereses económicos y políticos, tergiversando y trastocado el sentido de los principios y la ética de la sustentabilidad, inscribiéndola en el discurso de la “economía verde” y la geopolítica del “desarrollo sostenible”. La sustentabilidad se ha convertido en una palabra manoseada y desgastada, en tanto que se fueron diseñando e instituyendo las estrategias fatales de capitalización de la naturaleza antes que el propósito de deconstruir el capital para instaurar un nuevo régimen ontológico y productivo: otros modos de comprensión de la vida y otros modos de producción para poder vivir conforme a las condiciones termodinámicas, ecológicas, culturales, simbólicas e inconscientes de la vida humana y no humana.

Entonces nos preguntamos cuáles son las causas, los discursos, los motivos, las motivaciones que conmueven y movilizan a la humanidad, a los diferentes grupos sociales y a las comunidades ante la crisis climática. Llegan llamados y momentos que nos convocan a manifestarnos, a salir a las calles, como hace unas semanas, cuando se congregaron masas de gente en muchas ciudades del planeta para protestar y pedir respuestas y compromisos efectivos a los gobiernos de los países del mundo globalizado. Pero no queremos cualquier respuesta. Como decía, y vuelvo a decir, el capital ya se encargó de darle la vuelta, de revolcar esta cuestión ambiental antes que enfrentarla y atenderla. Los gobernantes democráticamente electos del orbe reaccionan en el marco de las políticas que se han diseñado dentro del condicionamiento que le imponen los equilibrios macroeconómicos a nivel mundial. Los gobiernos que se autodenominan “progresistas” siguen pensando que el crecimiento económico es la llave maestra para crear y distribuir la riqueza, para satisfacer las necesidades fundamentales de la humanidad, para resolver los graves problemas de pobreza y desigualdad —empleo, alimentación, subsistencia y realización humana en este mundo— y hasta para construir la sustentabilidad ecológica del planeta.

A nuestro actual gobierno “no le cae el veinte” de que la llamada “cuarta transformación” no puede ser una transformación en las actuales circunstancias históricas por las que atraviesa la humanidad si no se inscribe en la Gran Transformación que demanda a gritos el mundo, que implica la deconstrucción del régimen del capital que se fue configurando a lo largo de dos mil quinientos años, desde que nace el intercambio dinerario, que reduce todas las cosas a su valor monetario, desde que se configura el Logos en el pensamiento filosófico griego como el modo de comprensión de la totalidad de los entes, reduciéndolo a una unidad conceptual, dándole derecho de existencia en este mundo a las cosas medibles y cuantificables, a los procesos que se fueron articulando

en regímenes de racionalidad económica, tecnológica, jurídica, constriñendo los complejos modos de ser y de producir los mundos de la vida, hasta configurar la estructura del capital dentro de la racionalidad de la modernidad. De esta manera se ha inscrito e instituido un gen maligno en la constitución originaria del Capital que lo impulsa a reproducirse eternamente y sin límites. Esta racionalidad conduce la reproducción ampliada del capital de la que hablaba Marx, consumiendo, induciendo, la transformación entrópica de la naturaleza, convertida en “recursos naturales”, en objetos para la apropiación destructiva por el capital. Ésta es la impostura de la razón que mantiene vivo al capital a costa de la muerte de la vida, que degrada a la naturaleza y destina a la biósfera a la muerte entrópica del planeta.

Hoy la crisis climática ya no sólo pone de manifiesto un problema de escasez de recursos naturales ante una demanda económica, un problema de reajuste económico y de reactivación tecnológica. La crisis ambiental reclama una respuesta desde el derecho a la vida: el crecimiento sin límites del capital pone en cuestión a la vida, a los modos de la vida, a la calidad de la vida, a la manera en que estamos movilizando este proceso de destrucción ecológica del planeta y la degradación moral de la humanidad.

Por esto vuelvo al punto inicial: lo que está en juego en la cuestión ambiental es una falla profunda del saber humano, de su “falta en ser” y de su capacidad para comprender y comprenderse en el orden de la vida; en el orden simbólico y del lenguaje humano para significar la vida y las cosas del mundo como condiciones propias de la vida; para comprender cómo se configuran los imaginarios sociales de sustentabilidad en las distintas culturas para intervenir en la naturaleza y habitar el planeta en la inmanencia de la vida, pues si es imposible que los seres humanos dejemos de intervenir en los procesos de la naturaleza, esto tiene que hacerse sabiendo lo que estamos generando, según los modos de intervención y transformación de la naturaleza.

La restauración ecológica y la construcción de la sustentabilidad planetaria es una cuestión que atañe a toda la humanidad. Pero para esto no basta con proponernos deconstruir el capital y pensar que la economía por sí misma puede ecologizarse, o que las culturas tradicionales van a encargarse de retejer la trama de la vida en la biósfera. Sí, ciertamente, los pueblos de la Tierra tienen una mayor capacidad para reconstruir sus “territorios de vida”, porque su proceso histórico, a través del cual han constituido sus modos de ser en el mundo, los ha dotado de modos de comprensión, de disposiciones y de hábitos más dúctiles, más abiertos y sensibles para reaprender cómo habitar el planeta. Pero recordemos que las condiciones de la vida tampoco se reflejan claramente en los imaginarios de las culturas tradicionales: no olvidemos que a los antiguos mayas también se les fue de las manos —de sus medios de control social— el proceso a través del cual su estructura social fue imprimiendo unos modos y unas intensidades de intervención en sus ecosistemas tropicales: los más productivos y al mismo tiempo los más frágiles del planeta, y seguramente esa vulnerabilidad ecológica fue un factor importante en la decadencia de la civilización maya. Es decir, no hay una perfección en los modos en que las culturas tradicionales, aún las más prudentes, intervienen en los procesos ecológicos del territorio que habitan, pero están mostrando una mayor disposición para reposicionarse ante esta crisis planetaria: ellos reclaman su derecho a decir su palabra y también su derecho a la existencia, a defender sus territorios y sus modos de ser en el mundo. Pienso que allí está la mayor esperanza para resistir a un avance todavía más extremo de los modos de apropiación del capital sobre la biósfera y a niveles más críticos del desastre ecológico: a alcanzar una elevación de 1.5°C y hasta 2°C en las temperaturas medias del planeta, al pasar de las actuales 420 partes por millón de emisiones de gases de efecto invernadero a 450 o 500. Y no habríamos de dudar que cuando lleguemos a esos niveles las catástrofes ecológicas serán más intensas.

NO BASTA CON RESISTIR, EN NECESARIO RE-EXISTIR

¿De qué manera la crisis climática está movilizando a la ciudadanía y la humanidad en su conjunto? ¿De qué manera la movilización social puede ser determinante en las decisiones para reconducir los modos de producción y consumo, los comportamientos de los actores sociales y el metabolismo de la biósfera hacia la sustentabilidad de la vida? Salir a protestar para exigir a los gobiernos y las empresas que respondan al desafío ambiental es un derecho democrático. Sabemos qué ha llevado a las movilizaciones de protesta y resistencia de los que han sido denominados, malamente, como globalifóbicos, que han estado en las cumbres del Foro Económico Mundial y en las cumbres ambientales, resistiendo... Pero no basta con resistir, tenemos que aprender a movilizarnos en el sentido de la re-existencia de la vida dominada, externalizada y exterminada por el régimen capitalista. Esta manifestación de esos procesos de re-existencia es fundamental e implica la movilización del pensamiento y el sentimiento, de la acción y el comportamiento humanos dentro de los sentidos inmanentes de la vida. La crisis ambiental debe llevarnos a reconstituir nuestros modos de comprensión de las condiciones de habitabilidad del planeta, a emprender a un proceso de re-sensibilización, de re-comprensión, ante un mundo que nos colma, que se vuelca sobre nuestras vidas en el imperativo de la comunicación instantánea, de la satisfacción inmediata de las necesidades impuestas por la misma racionalidad que domina la vida; en el vivir al minuto, al segundo, en el día a día; es decir, todo lo que ha implicado también pasar por encima de esta cuestión esencial del ser humano que es la capacidad de reflexionar, de comprender su mundo de vida para poder actuar conscientemente, sabiendo de los efectos de nuestras prácticas en la sustentabilidad de nuestros mundos de vida.

Al movimiento socioambiental le ha faltado una mayor reflexión sobre su acción estratégica para cambiar efectivamente las inercias del mundo

que conducen hacia la catástrofe ambiental. Sabemos cuán debilitado y desarticulado está en la actualidad el movimiento ambientalista en el mundo. Sí, hay muchas fuentes de expresión crítica y de lucha, pero hemos visto cómo se ha debatido el Foro Social Mundial ante esta pluralidad de frentes de lucha y cuán difícil ha sido su articulación para adquirir una verdadera fuerza contra el enemigo común, que es el capital. Ahí, el movimiento ambientalista ha estado por demás diluido, fragmentado, con una gran dificultad para abrir espacios de solidaridad. Ciertamente, internet permite generar hoy expresiones solidarias a nivel mundial y local sobre muchas cuestiones críticas, como las causas que hace visibles y promueve la organización Avaaz. Con estos medios vamos sumando firmas de solidaridad, pero quienes detienen finalmente el avance de la minería acá o allá son los pueblos que están allí, *in situ*, cuando tienen la capacidad de resistir y acogerse a ciertos principios legales y constitucionales. Por ejemplo, recientemente los pueblos indígenas de Ecuador han desarrollado estrategias de lucha contra los emprendimientos mineros que los des-territorializan, acogiéndose a los “derechos de la naturaleza”, al derecho a la consulta previa, libre e informada, principios que habrá que hacer valer en México ante la determinación de implementar los megaproyectos de desarrollo en el sureste de la república, como el Tren Maya y el Tren Transístmico, de manera que podamos transitar hacia otro régimen social de sustentabilidad y justicia, de acuerdo con *las condiciones de la vida*.

En este punto, la educación ambiental es fundamental, porque tenemos que cambiarnos el *chip*, los modos de comprensión, para articular los diferentes procesos y las movilizaciones sociales a través del diálogo de saberes, del encuentro de los modos de comprensión que tenemos cada uno, según nuestra formación, lo que hemos pensado, lo que logramos articular desde nuestras vivencias e intereses vitales, para hacer fluir nuestros diferentes modos de comprensión y fertilizar el campo de la ecología política, para abrir las rutas y los senderos para tener acceso a muchos mundos

sustentables de vida guiados por un *saber ambiental*, por una *política de la diferencia* y una *ética de la otredad*.

Abriendo de esta manera la cuestión ambiental, desde la falta de comprensión de la vida hacia el diálogo de saberes, reconociendo las maneras en que el Logos y la Racionalidad han colonizado la mente y oprimido el corazón humano, me veo obligado a polemizar con Miguel Valencia Mulkay en este libro estando de acuerdo en lo fundamental: porque siendo yo académico de esta universidad, habiendo gozado de plena libertad para pensar críticamente la cuestión ambiental, no podría coincidir con él cuando asevera que las universidades son corruptas y que todos los académicos son corruptos. Yo he afirmado que las mentes de todos, salvo algunas, han sido colonizadas por el régimen de racionalidad instaurado en el modo de indagar los objetos de conocimiento dentro de los paradigmas científicos, dentro de nuestras disposiciones a pensar el mundo configuradas en lo que Derrida denominó el *logocentrismo de la ciencia*, dentro de los significantes de los marcos teóricos de cada disciplina, que establecen un régimen de racionalidad que limita nuestra capacidad para pensar nuestro mundo. Pero Mario Molina no es un hombre corrupto, es un científico que piensa dentro de los parámetros de lo que permite pensar la ciencia donde inscribe su subjetividad. Por esto, Heidegger llegó a afirmar que “la ciencia no piensa”: que no piensa como la filosofía, y podría añadir como piensan, sienten y comprenden la vida los pueblos de la Tierra. No obstante, hay científicos e intelectuales que tienen compromisos directos con ciertos intereses económicos y que hoy en día se mueven estrategias de corrupción para deslegitimar la objetividad del cambio climático, o para validar las virtudes de los cultivos transgénicos, de los agro-bio-combustibles sustentables y del *fracking* para extraer hidrocarburos, y para validar los megaproyectos de modernización del capital “ecológico”.

REFLEXIONES FINALES

Para concluir, debo insistir en lo que considero la cuestión fundamental: tenemos que cambiar el régimen de racionalidad que gobierna nuestro mundo, nuestras mentes y nuestras vidas. No basta con propugnar por el decrecimiento si mantenemos la misma estructura económica; no basta con decrecer manteniendo el sistema que queremos cambiar, disminuyendo el consumo y dejando de aspirar al crecimiento. De esta manera, el sistema sin crecimiento se colapsa, y hay que entenderlo: el colapso del sistema económico como tal no sólo acarrea una crisis económica en los bolsillos de la gente, sino que puede tener efectos climáticos negativos. Es preciso movilizarnos hacia la construcción social de otro régimen ontológico, hacia otros modos de construir mundos de vida sustentables. Y para hacerlo no van a ser suficientes diez años.

Si consideramos lo fragmentado, lo diluido que está el movimiento ambiental, ¿hacia dónde canalizar la fuerza del movimiento en este momento? Los frentes más radicales para detener la expansión del capital no están necesariamente en la huelga climática en la calle, en las urbes. Sin desmerecer en nada el derecho a la vida que allí se manifiesta, en el reclamo justo a los gobiernos por no hacer su parte, allí subyace la idea de que el sistema sabe lo que debe hacerse, que la ciencia y la tecnología están ya disponibles y que bastaría con la decisión de los gobiernos para poner en marcha las políticas públicas orientadas hacia la sustentabilidad de la vida. No estoy de acuerdo. Hay que reconstruir los modos de producción y los modos de ser en el mundo conforme a las condiciones de la vida. Debemos aprender a vivir en la inmanencia de la vida, restringiendo a sus condiciones la potencia tecnológica y la voluntad de poder del capital. No se trata de romantizar los espacios tradicionales. Estamos hablando de un cambio de régimen planetario y esto implica dar un giro radical a los modos y los sentidos de transformación de la naturaleza que está gene-

rando la economía, a la “degradación entrópica acelerada del planeta” —uno de cuyos efectos más visibles hoy en día es el cambio climático— para lograr otro régimen productivo, que siguiendo al gran científico Erwin Schrödinger y al gran economista Georgescu Roegen he denominado *régimen ontológico basado en la productividad neguentrópica del planeta*.

¿Qué quiere decir esto? Caminar hacia la capacidad de transformar la energía solar, que es un bien gratuito, para empujar la productividad ecológica del planeta —fundamentalmente de alimentos, pero también de todo lo que necesitamos para satisfacer nuestras necesidades humanas—. Esto implica pensar los árboles, los ecosistemas, como verdaderos colectores y transformadores de energía radiante. Se trata de usar la potencia creativa de ese proceso natural del cual proviene la vida. ¿Y esto qué significa para el movimiento ambiental? Canalizar la fuerza social, apoyar los procesos de resistencia y la resistencia de los pueblos de la Tierra para reconstituir sus modos de producción conforme a este fundamento de la vida. Ahí está la esperanza, no en las iniciativas de los empresarios y el poder de la tecnología vinculados a la potencia del capital, sino en la capacidad tecnológica para incrementar la potencia *neguentrópica* de la vida, esa que han sabido utilizar perfectamente los seringueiros en la selva amazónica de Brasil en sus reservas extractivistas.

En México, el movimiento ambientalista debería canalizar sus esfuerzos en este sentido, resistiendo los proyectos desarrollistas y los megaproyectos que al dar viabilidad a la expansión del capital coadyuvan a los procesos de desposesión de pueblos y comunidades, induciendo la degradación ampliada del capital en sus territorios de vida. Su única y mayor defensa son sus derechos humanos legítimos a sus autonomías; su derecho a la no imposición de los megaproyectos de desarrollo sobre sus territorios de vida, fundados en el derecho a la consulta previa, libre e informada; es decir, a una verdadera alianza con las comunidades y los pueblos que están resistiendo frente a las estrategias de seducción, de cooptación y de

imposición implementadas para legitimar la construcción del Tren Maya, del Tren Transístmico, de la refinería de Dos Bocas, de todos esos megaproyectos cuya impertinencia ha sido denunciada por muchos intelectuales y académicos. Pero la resistencia no la hacemos nosotros a través de cartas y manifiestos en los que el señor presidente ha desacreditado a “los abajofirmantes”. No somos nosotros, sino el movimiento de “los de abajo”, de los pueblos y las comunidades que resisten desde sus propios valores, desde sus derechos de ser en el mundo conforme a sus modos de comprensión de la vida, quienes habrán de impulsar la transformación hacia la sustentabilidad. El movimiento socio-ambientalista deberá ser capaz de construir una alianza fuerte con los pueblos de la Tierra para que resistan, para que basados en sus derechos autonómicos, territoriales, socioambientales y existenciales puedan mantener sus espacios de vida, para recrear la vida, generando con sus propias alianzas otros mundos de vida.

Pienso que éste es el punto crucial para hacerle frente a la crisis climática. Esta estrategia debe plasmarse en un amplio proceso educativo para la construcción colectiva de otros modos de comprensión de las condiciones de habitabilidad sustentable del planeta. México tiene una oportunidad histórica que va mucho más allá del ajuste de cuentas con el pasado de la 4^{ta} (cuarta transformación). Las deudas pendientes de justicia socio-ambiental deben comprenderse dentro de un proceso de transformación histórica, de transición hacia un mundo sustentable; es una oportunidad histórica para generar alianzas entre la academia y los movimientos sociales, y desde ahí, a través de la fuerza social resultante, aunque sea a través de pequeños grupos bien articulados —lo que no estamos haciendo—, buscar abrir los oídos a los funcionarios sensibles del actual gobierno hasta llegar al presidente de la República para decirle: “¿Sabe, señor presidente?, si no se inscribe la 4^{ta} en la gran transformación histórica del mundo en crisis hacia la sustentabilidad de la vida, acabará siendo una transformación de cuarta”.